

UN ESTUDIO DE CASO DE MALESTAR Y DISPLACER EN LA FEMINIDAD

MITZI MIRIAM LEÓN CALDERÓN

Doctora en Investigación Psicoanalítica y Maestra en Psicoterapia Psicoanalítica por el Colegio Internacional de Educación Superior. Licenciada en Psicología por la Universidad Nacional Autónoma de México. Práctica clínica privada.

Correo electrónico: mitzi.miriam.l@gmail.com

Recepción: 17 abril de 2022/ Aceptación: 27 mayo 2022

RESUMEN

En el presente artículo, se muestra la aplicación de fundamentos teóricos en el análisis e interpretación de un caso clínico de una paciente con conflictos en su feminidad. Se utilizó para el análisis, la selección de viñetas clínicas como muestra del material recaudado del discurso de la paciente durante las sesiones. El sustento teórico del que derivan las interpretaciones para dilucidar el trasfondo de la problemática del caso, es a partir de la teoría Freudiana y de los aportes de Dio Bleichmar y E. Dolto principalmente. Se encontró que el rechazo a la feminidad de la paciente, deviene tanto del displacer que procede de las dificultades que surgieron en su desarrollo libidinal, personal, y familiar involucrados en la estructuración femenina, así como, de su malestar que emana del discurso cultural que devalúa y mitifica a la feminidad. Se subrayó cómo ciertas fallas en la función parental y un vínculo de pareja violento entre sus padres, terminan siendo determinantes para la aparición de conflictos psíquicos en su subjetividad femenina.

Este apartado pretende contribuir a la clínica psicoanalítica en tratamiento de mujeres con problemáticas de índole femenino, que hacen difícil ser una mujer.

PALABRAS CLAVE: displacer, feminidad, función parental, género, malestar, mujer, psicoanálisis.

SUMMARY

In this article, the application of theoretical foundations in the analysis and interpretation of a clinical case of a patient with conflicts in her femininity is shown. The selection of clinical vignettes was used for the analysis as a sample of the material collected from the patient's speech during the sessions. The theoretical support from which the interpretations derive to elucidate the background of the problem of the case, is from the Freudian theory and the contributions of Dio Bleichmar and E. Dolto mainly. It was found that the rejection of the patient's femininity comes from both the displeasure that comes from the difficulties that arose in her libidinal, personal, and family development involved in feminine structuring, as well as from her discomfort that emanates from the cultural discourse that devalues and mythologizes femininity. It was highlighted how certain flaws in the parental function and a violent relationship between their parents end up being decisive for the appearance of psychic conflicts in their female subjectivity.

This section aims to contribute to the psychoanalytic clinic in the treatment of women with problems of a feminine nature, which make it difficult to be a woman.

KEYWORDS: discomfort, displeasure, femininity, gender, parental function, psychoanalysis, woman.

RÉSUMÉ: Dans cet article, l'application des fondements théoriques dans l'analyse et l'interprétation d'un cas clinique d'une patiente avec des conflits dans sa féminité est montrée. La sélection de vignettes cliniques a été utilisée pour l'analyse comme un échantillon du matériel recueilli à partir du discours du patient au cours des séances. Le support théorique dont dérivent les interprétations pour élucider l'arrière-plan du problème du cas, provient principalement de la théorie freudienne et des contributions de Dio Bleichmar et E. Dolto. Il a été constaté que le rejet de la féminité de la patiente provient à la fois du mécontentement qui découle des difficultés qui ont surgi dans son développement libidinal, personnel et familial impliqué dans la structuration féminine, ainsi que de son malaise qui émane du discours culturel qui dévalorise et mythifie la féminité. Il a été mis en évidence comment certaines failles de la fonction parentale et une relation violente entre leurs parents finissent par être déterminantes pour l'apparition de conflits psychiques dans leur subjectivité féminine.

Cette section vise à contribuer à la clinique psychanalytique dans le traitement des femmes ayant des problèmes de nature féminine, qui rendent difficile d'être une femme.

MOTS CLÉS: féminité, femme, fonction parentale, genre, inconfort, mécontentement, psychanalyse.

INTRODUCCIÓN.

Este escrito es un fragmento de una tesis doctoral que aborda la temática del malestar y displacer presentes en la feminidad [1]. A través del análisis de un caso clínico, se muestran varias vicisitudes que puede llegar a atravesar una mujer en su subjetividad femenina, las cuales se organizan en la manifestación de síntomas y dificultades que conllevan a un rechazo de la feminidad.

En nuestro recorrido del caso, se describirán algunos aspectos del desarrollo libidinal, personal y familiar de Flora, que suscitaron displacer en su feminidad. Así también el impacto en su subjetividad del discurso social sobre lo que significa ser mujer, para que ella exteriorizara malestar y desagrado al ser mujer.

Leeremos cómo Flora no se sentía bien siendo mujer, en tanto le angustiaba su feminidad, angustia que ligaba esencialmente a la mirada, vale decir, al ser pensada como mujer cuando la miraban. Ella deseaba ser como los varones, por lo que se encontraba en el dilema qué es para una mujer identificarse con el padre, como una forma de evitar caer en una feminidad devaluada, amenazante y provocadora; cuando la cultura condena la identificación con el padre y cuando la relación con el padre es conflictiva e incestuosa en la fantasía.

Detallaremos cómo el vínculo de Flora con su madre, obstaculizó la valorización de su feminidad, y cómo esta relación dió pie, a la imposibilidad de una identificación con la misma, siendo que dicha identificación le implicaba caer en una imagen narcisista dañada e inconsistente.

A su vez se hablará, de cómo el escenario de violencia en la relación entre sus padres, impactó en su subjetividad, para que ella en lo inconsciente, significara el amor de pareja, acaso como una castración y destrucción. La violencia del hombre hacia la mujer era considerada en el consciente e inconsciente (escena primaria) de Flora como algo propio de la feminidad.

CASO CLÍNICO

Flora acudió a terapia a los 18 años de edad, a razón de sentir mucha angustia cada vez que los demás la observaban, y suponía que pensaban cosas de ella.

Flora a edad muy temprana, fue testigo del maltrato físico y psicológico que sufrió su mamá por parte de su padre. Este la golpeaba y la ofendía con mucha frecuencia, principalmente porque él imaginaba que ella le era infiel o bien quería provocar la mirada de los hombres con su manera de vestir.

Flora desde que recuerda, deseaba ser como los niños, pues pese a que se sabía niña, pensaba que hubiera sido mejor ser varón; quería ser fuerte como ellos y le interesaban las actividades de índole masculino. Se consideraba a sí misma, una niña “muy ruda”; que mantenía un comportamiento masculino, mismo que evitaba que los demás la pudieran observar. Así de pequeña fue una niña solitaria; no porque así lo prefiriera, sino porque desde ese entonces le avergonzaba tal comportamiento masculino.

Flora transitó su sexualidad infantil con una tonalidad restrictiva, vergonzante y angustiante; su madre solía reprender su comportamiento onanista y fue testigo auditivo en varias ocasiones del acto sexual entre sus padres. Escena que interpretaba como una acto violento en el que su madre era sometida y también desaparecía.

A partir de su ingreso a la secundaria, Flora comenzó a mostrar una falta de interés por tener compañía del sexo masculino, y en la preparatoria miedo a tener novio, por ello evitaba tener amigos varones, sobretodo si estos mostraban un interés amoroso para con ella. Al observar a una pareja de enamorados se incomodaba, lo que le hacía pensar que era “rara”; no podía entender y explicarse lo que le sucedía. Dado que ella si deseaba tener novio, pero le daba miedo, aunado al hecho de que no veía “normal” la unión entre un hombre y una mujer. Comenzó a sentir incomodidad y desagrado, en tanto sus familiares y su entorno inmediato, la presionaban para tener novio, incluso le daban a entender que ella era lesbiana por no tener novio a su edad.

El temor a ser vista y pensada al estar en público, le impedía participar en clases, entablar conversaciones, acudir a lugares concurridos. Pues si ocurría que alguien la mirara, no podía dejar de pensar en que los demás suponían que ella; que era rara, no lucía bien, se veía diferente o notaban su nerviosismo. Intentó disminuir su angustia

usando maquillaje y ropa holgada, pero eso, sólo le ayudó a sentirse segura por algún tiempo. En la preparatoria, empezó a darle importancia a su apariencia física, trataba de verse igual todos los días, es decir, siempre debía peinarse y arreglarse igual, no toleraba que se percibiera un mínimo de cambio en su aspecto físico, y es que ella deseaba verse de menos edad.

La madre de Flora era una mujer muy atractiva. Ella y Flora mantenían una relación muy estrecha, pero ambivalente. A la paciente le molestaba que su madre se entrometiera en varios aspectos su vida, principalmente porque trataba incisivamente de estimular el arreglo de su hija, en un intento de que Flora fuera más “femenina”, y se arreglara como ella. Para la paciente el arreglo de su madre resultaba exagerado e incitaba la mirada de los hombres, así como los celos de su padre.

La relación con su padre también era ambivalente; lo sentía como un extraño al que no le podía expresar su afecto; desde pequeña le costaba trabajo acercársele, sobretodo cuando se trataba de darle un abrazo, se le complicaba ser cariñosa, eso le daba vergüenza. Ella lo miraba con miedo, coraje y decepción; por lo violento que había sido con su madre, por su consumo excesivo de alcohol, por no cumplir sus promesas, y por su conducta celosa para con ella y su madre. Otra decepción que aparecía en escena, era la insistencia de su padre en tratar de reconquistar a su madre después del divorcio, cuando ella tenía 17 años; lo interpretaba como una falta de interés hacia su vida. A Flora le desagradaba que las personas le hicieran notar el parecido físico con su padre, le daba vergüenza, aun cuando de niña, si anhelaba parecerse y ser como él.

Flora mantenía una relación muy estrecha con su hermano de 9 años. Decía ser la persona más importante para ella. Lo cuidaba y procuraba, como si fuera una madre sustituta; siendo que si algo le perturbaba a su hermanito, ella se veía muy afectada; por ejemplo le angustiaba que su hermano tenía fobia a la oscuridad y a los ruidos fuertes, también le preocupaba e incomodaba cuando él llegaba a masturbarse.

En un inicio del proceso terapéutico, Flora se angustiaba de la mirada tanto de hombres y mujeres. Pudo colegir que la angustia devenía porque podrían darse cuenta de su deseo de ser varón. Posteriormente con el transcurso de las sesiones, se presentó una mayor angustia al ser vista y pensada, pero ahora sólo bajo las miradas masculinas. Sus pensamientos la atormentaban, trataba de adivinar lo que los hombres pen-

saban de ella, se imaginaba que los hombres la miraban para burlarse o querer encontrar algo dentro de ella, pero no sabía que. Sus pensamientos la perseguían a tal grado, que llegó a pensar que algo malo le iba a suceder. Avanzado el tratamiento se dio cuenta de que la angustia emergía de que los hombres la vieran y la pensarán como mujer.

ANÁLISIS DEL CASO

Para abordar las ansiedades que atravesaba Flora por el hecho de ser mujer, dialogaremos con diferentes autores, con el propósito de intentar dilucidar los conflictos que conmocionaban a nuestra paciente en su subjetividad y le generaban malestar y displacer en su feminidad.

Para comenzar introduciremos la evidente desvalorización de la feminidad existente en la vida de Flora, misma que iremos viendo en todo nuestro recorrido. Freud en 1937 [2], ya nos había advertido de la frecuente desautorización de la feminidad en la vida anímica de los seres humanos. En Flora encontramos un repudio a la feminidad de forma muy marcada, no se sentía bien siendo mujer.

“Sí, a veces hasta puedo decir que me puedo sentir inferior cuando veo que me ven así, como mujer, no sé por qué lo siento, siento que no debe de ser así, pero sí, les falta muchas cosas.”

Constatamos aquí la imagen devaluada de sí misma, en tanto es mujer. Freud en 1925 [3], señala que una de las consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos, es una herida narcisista resultante de la falta de pene, pensamos que cuando Flora manifestaba que a las mujeres *“les falta muchas cosas”* se estaba refiriendo a esa falta, falta que establecerá a modo de cicatriz un sentimiento de inferioridad que la lleva a compartir el menosprecio del varón por ese sexo mutilado.

Coincidimos con la autoras; Dolto [4] y Dio Bleichmar [5], en que la decepción por la falta de pene, no incide igual para todas las mujeres, para algunas será una decepción pasajera, todo dependerá de otros elementos que se sumen al desarrollo libidinal de la niña para que ésta falta en la mujer, sea sentida como una carencia perturbadora o

bien como algo transitorio. Para el caso aquí expuesto, la falta de pene (falo) resultaba ser algo perturbador; Flora no sólo debió transitar las vicisitudes de la castración como el resto de las mujeres; sino que el vínculo violento que percibió en la relación entre sus padres, así como las experiencias de su propia relación con los mismos, crearon un escenario desfavorable para el devenir de la feminidad de nuestra paciente.

Sabemos que el encuentro de la niña con la sexualidad adulta conmociona su subjetividad, en el caso de Flora el encuentro ante la escena sexual de sus padres le resultó traumático.

“Pensaba que ocurría algo violento, era eso más o menos, porque yo sabía que iba a pasar algo así...Recuerdo a mi papá, sentía que tenía el control con ella, bueno así lo pienso que pasaba, como que todo era mi papá, como que mandaba, porque el hecho de no escuchar que mi mamá hiciera algo, era como si no existiera, como si desapareciera, porque nada más estaba mi papá.”

Dio Bleichmar en 1997 [5], menciona que la escena primaria confronta a la niña con un componente sexual de la feminidad de la mujer adulta. En la fantasía de Flora del encuentro sexual entre un hombre y una mujer ocurría algo muy violento, la madre era dominada y dejaba de existir. Mc Dougall en 1998 [6], refiere que cuando la niña tiene un escenario de violencia en la relación entre sus padres, el amor equivale a castración y destrucción. Así le ocurrió a Flora, la escena primitiva aparecía bajo la forma de fantasmas de devoración, la madre era devorada por el padre.

Para nuestra paciente, la violencia del hombre hacia la mujer no sólo solía ser un fantasma de una teoría infantil, un mito que le ocurre a todo niño, sino una experiencia tan repetida que podía ser considerada por ella como algo propio de la feminidad, pues desde que recordaba, su madre fue violentada por su padre.

“Una vez que yo me estaba bañando, escuché gritos muy fuertes, me salí de bañar y vi que le estaba pegando en las escaleras. Le dije: ¡ya calmante papá! y la vez que mi mamá se defendía con el martillo. Yo le decía a mi papá que ya no le pegara, pero era muy raro que yo hiciera eso, porque desde niña, cuando se empezaban a pelear, me iba a encerrar a mi cuarto para no ver.”

Como se observa la violencia hacia la mujer desempeñaba un papel preeminente en la realidad psíquica de Flora, esta dominaba su escenario infantil. Mc Dougall [6], enfatiza la importancia de tener progenitores que se amen y respeten recíprocamente, para que la niña quiera identificarse con la madre y soñar con un hombre, a menudo a imagen del padre. Así la versión de la escena primitiva internalizada se transformará y se convertirá en una adquisición psíquica que le permitirá a la niña el derecho a poseer su cuerpo y su sexualidad. Flora no podía identificarse con una madre que desaparecía, no soñaba con un hombre como su padre y su sexualidad se encontraba inhibida. La violencia que padeció la madre, entre otras cosas que veremos, le transmitió de alguna manera el rechazo por ser mujer. Mirémoslo así, para ella ser mujer y estar con un hombre, sería estar esperando la certeza del golpe, maltrato masculino, o desaparecer.

“He notado, que cuando un niño me dice o me habla en un tono que quizás es fuerte, siento que está haciendo una agresión hacia mí, porque pienso, luego luego me viene a la cabeza, que nada más porque soy mujer.”

Dio Bleichmar [5], plantea que las mujeres que mantienen más allá de la infancia el fantasma originario –como es el caso de Flora–, el fantasma masoquista será la forma habitual con que se sexualiza la feminidad. A esto se resistía la paciente, le angustiaba ser pasiva y violentada, no podía concebir al amor de una pareja como algo “normal”.

“Me cuesta trabajo presenciar y ver a mis amigos que se estén besando, me da pena... Me da pena la unión de un hombre con una mujer... ¡No me gusta! se me hace difícil, cuando estoy platicando con una pareja ¡tengo miedo! a qué, no sé, quizás tengo miedo... a que yo pueda dar a demostrar algo malo...Que no los puedo ver como algo normal.”

Dio [5] infiere, que el fantasma originario se mantiene en la fantasía de una adolescente, precisamente por los formatos permanentes de violencia doméstica y que cuando es así, es posible que devenga un rechazo de la joven a identificarse con su género para tratar de preservar su integridad. Flora se encontraba en esta situación, mostraba cierta negación hacia su género y fantasías de masculinización.

“Es cierto, lo he pensado, se me viene a la mente que sí, quieren verme así, pero yo hago lo contrario, no me agrada que me vean así, yo no soy así... Como niña, en lo tierna, vulnerable; yo no soy así, si soy divertida... No sé, no me checa la forma de ser, no me gusta verme muy niña.”

Flora prefería ser como los hombres, mantenía una especie de idealización hacia lo masculino. Sin embargo, no se les acercaba, la idea de establecer una relación sentimental con algún hombre le era displacentera; le generaba miedo y temor a desaparecer, aun cuando llegaba a sentir atracción hacia ellos.

“El hecho de que yo vea tan completos, tan estructurados a los hombres, hace que me cueste tanto, demasiado trabajo cuando hablamos, las sensaciones que me hacen sentir son demasiadas, que no quiero que pasen... Con el hecho de que me envíen un mensaje en mi teléfono, en mí realmente no es de ponerme a brincar y así, al contrario, es miedo.”

Freud en 1931 [7], nos dice que cuando la niña reconoce el hecho de su castración y como consecuencia la supuesta superioridad del varón y su propia inferioridad, derivan tres orientaciones de desarrollo: una inhibición sexual o neurosis; un complejo de masculinidad; y la feminidad normal. Desde esta postura, Flora estaría tanto en una inhibición sexual, como en un complejo de masculinidad.

En cuanto a la inhibición de su sexualidad, la cual ya hemos empezado a observar, agregaremos que el impacto de convertirse en mujer y ya no ser más una niña, le resultaba displacentero, tanto, que se angustiaba cuando percibía su imagen diferente ante un espejo. No obstante, el cuerpo se le imponía, lo quisiera o no, un cuerpo que podría ser mirado como el de una mujer, aún en los casos que no lo diera a mirar. Así, aunque Flora deseará seguir viéndose de forma infantil y no como mujer, tuvo que enfrentarse con la realidad de su fisiología sexual femenina.

“Pasaron los años y me quedé con esa idea de que yo siempre me iba a ver como me veía antes... No es que me cueste trabajo dejar ser niña, porque sé que muchas cosas ya las dejé, pero me gusta seguir viéndome de esa forma... Que me puedan ver como una chica o así, me da mucha pena, no me gusta... pero mi mamá me

dice que haga varias cosas que yo todavía no quiero.”

Flora sentía mucha presión de parte de su madre y del entorno social para tener novio, lo cual además de provocar en ella malestar, le traía conflictos con su entorno inmediato, siendo que al no seguir los mandatos y estereotipos de su género en relación a tener una pareja, los demás dudaban de su posición femenina.

“¡Sabes qué es lo que deberías hacer Flora! Yo le dije que: ¡pues deberías ya tener un novio! ¡así dijo! todos me voltearon a ver y me dio mucha pena...Ahora más que nervios, me llegó enojo, ¡no me gusta que me digan esas cosas! Y luego mi abuelita me dijo: ¡sí, que sea novio, porque novia no!...Me dieron ganas de llorar, pero qué iban a pensar los demás, mi mamá me hizo sentir muy mal.”

A Flora sí le atraían los varones, pero no podía, ni quería tener novio, por las razones que ya hemos venido planteando, entre otras que mencionaremos más adelante. Pero ya podemos ir interpretando que en Flora existía un impedimento consciente e inconsciente para ser objeto de deseo de un varón.

“Recuerdo que en la prepa, yo veía que mis amigas siempre hablaban de chicos y todo eso, pero realmente en mí...Nunca he tenido el interés por decir: ¡voy a gustarle a este chico!, ¡nunca!...A pesar de que me guste nunca ha pasado eso... Creo

que el problema, es que tengo miedo, miedo a muchas cosas.”

Dio Bleichmar [5], sugiere que la oposición de muchas mujeres a querer ser “objeto causa del deseo” del hombre, podríamos entenderlo como intentos fallidos de lograr dominio, autonomía y valorización de su identidad.

“No quiero gustarle a alguien, no es que no me interese, me da miedo porque no lo acepto. Yo creo que en el momento en que diga: ¡Está bien, le gusto y no me dé

miedo! es porque voy aceptar mi vulnerabilidad.”

A Flora le daba miedo ser mujer, trataba de evitar una herida a su narcisismo, en su rechazo a ser objeto de deseo de un varón, se colaba un anhelo de valorización, y de existir como mujer sin desaparecer.

Aun así, al resistirse a los formatos de feminidad vigentes, como es llegar a una cierta edad y no tener novio, Flora se confrontaba con un ideal del yo femenino. Levinton en el año 2000 [8], establece que podemos encontrar angustia y displacer provenientes del superyó de las mujeres, cuando los mandatos de género no son cumplidos.

“Ya tienes 18 deberías tener novio, y eso me hizo sentir más mal...Flora es lo normal, algún día te tiene que suceder... no sé qué es lo que está pasando conmigo.”

Pese al displacer proveniente de superyó, podemos distinguir al mismo tiempo en nuestra paciente, el surgimiento de una protesta que trata de reivindicar una feminidad devaluada a través de un feminismo espontáneo como respuesta.

Ahora ahondaremos en el vínculo con el padre; iremos viendo cómo el papel libidinal del padre en el proceso de sexualización de Flora fue mayormente seductor. Situación que mantenía la presencia de fantasmas edípicos no resueltos.

“Yo le tengo miedo a mi papá...Porque lo siento, y eso hace que no me pueda acercar a los demás chicos, pero no es con todos, es un conjunto de chicos que se

están burlando y me están viendo ¡me da miedo! porque sé que algo van a ver.”

Flora se encontraba angustiada por una tensión erótica sometida al peligro de la realización de un deseo incestuoso, que había prohibido acercarse a los varones que podían parecerse al padre; eso sería peligroso, ellos podrían ver algo “su deseo incestuoso”. Y más peligro había cuando su padre estaba alcoholizado; él podría no contenerse.

“Yo sé que hay miedo, cuando estaba pequeña, pensaba que él iba a reaccionar distinto porque estaba tomado, no sé, ¡a mí me iba a suceder algo!...No me gusta-

ba cuando mi papá llegaba o luego me abrazaba o así y empezábamos a platicar, mi papá me desagradaba.”

Dio Bleichmar [5], describe que el papel libidinal del padre en la constitución de la heterosexualidad de la niña cuando es demasiado seductor, implantará un significado sexual que producirá el efecto de una seducción que se articula con vergüenza y culpa.

“Cuando yo estaba pequeña nunca mostré un cariño con mi papá...y ahorita después de tantos años no quiero abrazar a un hombre, no puedo. Las veces que mi mamá me decía que abrazara a mi papá, me daba pena...No me sentía cómoda me iba a sentir diferente...me costaba demasiado trabajo hablar con él...Porque sabía que era mi papá, me sentía muy rara...Era como desconfianza.”

Por la tensión erótica, Flora no podía acercarse demasiado a su padre, le daba pena (vergüenza), se sentía rara, no a gusto (culpa); pareciera que fue un padre que al seducirla, no lo hizo en la justa medida, como debiera ocurrir en una adecuada verbalización de la prohibición del incesto, porque había desconfianza. Lo cual confirma las observaciones de Dolto [4], cuando afirma que la modulación inhibitoria de la niña con el adulto deseado, le ayuda a la continencia de la tensión erótica, y que esta se da cuando se trata de un padre que suele ser muy activo en su acercamiento.

Otra cuestión que nos permite deducir la excesiva seducción paterna que mantenía la tensión erótica del Edipo, era la conducta celosa del padre, misma que podría haber estado transmitiendo el mensaje inconsciente de que ella era objeto de su deseo.

“¡Es que tú no debes estar pensando en esas cosas! Estaba enojado, siento que le da coraje, el hecho de que vea que me arreglo un poco más y porque voy a salir con un amigo...Eso es lo que a veces me preocupa, es quizás algo nuevo que estoy haciendo, y mi papá no lo entiende...siento raro.”

Dolto [4], explica que el papel del padre es patógeno, si incurre en escenas de celos paternos con su hija, pues ella puede pensar que es demasiado frágil y poco capaz de resistirle, conducta que no asegura su castidad y por ende puede obstaculizar la resolución edípica.

Ahora advirtamos hasta qué punto la mirada masculina hacía sentir angustia en Flora. Ella no sentía que se le miraba “normal”, vivenciaba una mirada penetrante, de una intensidad que podía atravesarla, mirar en lo más profundo y oculto de su interior.

“Me volteo a ver y yo me sentía muy rara, porque sentía que no me miraba nada más porque le gustaba, sino porque quería darse cuenta de algo en mí, yo lo sentí así...Por miedo, me puse muy seria, pues me sentía incómoda y entonces, ya lo que pensé, fue que quizá se estaba burlando de mí...No quise pensar en eso, que

le gusto y eso me hizo sentir más tranquila, no quiero gustarle a nadie.”

Dio Bleichmar [5], expone que la seducción del padre libidinal será a través del descubrimiento de una intensidad de la mirada; eso asusta a la niña, porque no controla la reacción del adulto, pero también la asusta su propia reacción que tampoco controla. Flora en un registro inconsciente se sentía objeto del deseo paterno, a ella no le gustaba ser mirada por los hombres, ya que al mirar-ser mirada, se encontraba en el terreno de la experiencia erótica del incesto, no le gustaba cómo la veía su papá; en todo caso, gustarle a los hombres era gustarle a su padre. De ahí su angustia y miedo por gustarle a un varón, o bien; como veremos en la siguiente viñeta que pudieran pensar que a ella le gustaba algún chico.

“No quiero que piense otra cosa...Que a lo mejor me gusta, y la verdad no me gusta él, pero me pone muy nerviosa que lo piense... Y pienso que el compañero pensó

que a mí él me gustaba, eso me pone muy triste.”

Flora sólo podía tolerar estar cerca de un varón, si tenía la certeza de que sólo buscaban su amistad, de no ser así, les atribuía malas intenciones, o sea en el registro inconsciente les atribuía pensamientos incestuosos, que ella les gustara, era prohibido.

“Es que todo lo veo a veces en su actitud, todo depende de cómo lleguen y pregunten, si los veo como con otra intención, pensaría como que les gusto, y ya no me

dan tanta confianza...Me da miedo gustarle a alguien.”

Como se lee, a Flora le resultaba inconciliable gustarle a alguien, ella se sentía constantemente perseguida por la mirada que mira, así que intentaba ocultarse, pues el hecho de confirmar la mirada incrementaba la angustia.

“Yo sé, que sí me le hubiera quedando viendo y confirmo que sí me estaba viendo, me iba a dar más miedo, sé que no puedo esquivarlo completamente, pero igual se

desaparece un poco el panorama, pero sí, puedo decir que es eso, miedo.”

Sin embargo, pese a los intentos de Flora por evadir en algo el panorama del miedo, el sentimiento de persecución de la mirada no desaparecía; la fijación infantil edípica en la que se encontraba, la convertía en un objeto de persecución de la mirada. Lo cual según Dio Bleichmar [5], es el resultado de la implantación del significado provocador en el cuerpo de la niña, que introduce en las mujeres la sensación permanente de ser observadas.

“Siento su mirada y todo se me olvida, como si todo dejara de existir en ese momento, sólo me concentro en que me están mirando... Antes si tenía mucho que ver mi manera de vestir, recuerdo que cuando me vestía con ropa normal, me sentía más segura aunque estuviera despeinada, después me empecé a poner un poco

de maquillaje en las fiestas...pero ya después eso no sirvió.”

Continuando con la autora, nos dice que no habrá garantía de intimidad, será un cuerpo mirado-desnudado, se vuelve prevalente ocultarlo, vestirlo, y no provocar, incluso habrá que desviar la mirada, porque al encontrar la mirada que mira, se podría pensar que hay un consentimiento, y eso sería un acto de provocación.

“Siento lo que es no querer ver, el querer esconderme, el querer taparme, no sé,

querer huir... Me da miedo mostrar algo que no soy, pero que estoy dando a notar, es algo que no me gusta.”

Mirémoslo así, ella no podía ver a los hombres, eso sería provocarlos, ocupar el lugar incestuoso; pero aún cuando se tapara, no mirara, y se escondiera; terminaba siendo culpable. Y eso le resultaba intolerable, doloroso, persecutorio, en fin, displacentero. Flora en cierto sentido se sentía culpable por ser mujer. La génesis de esta culpa, no solamente devenía a causa de un padre seductor, o de una madre que desaparecía, sino también era reforzada por su entorno social, en donde se topaba con la división universal de lo femenino; mujeres decentes y mujeres indecentes.

“Se me hizo un huecote en la garganta, me dieron ganas de llorar, sentí que mi abuelita y los de la excursión pensaban mal de mí, como si yo fuera diferente y fuera hacer unas cosas malas, entiendo por qué lo hizo mi abuelita, no me conoce bien, que yo soy seria, pero me sentí mal conmigo misma.”

La vergüenza y la culpa femenina en torno a la sexualidad, es otro de los aspectos del displacer que mostraba la paciente por el hecho de ser mujer. Y es que siguiendo a Dio [5], resulta relevante subrayar que una vivencia que debiera ser intrínsecamente exaltante como es la sexualidad, se convierte en vergonzante para muchas mujeres adultas. Como es el caso de Flora.

“Yo sé que me voltearon a ver...me sentía rara porque la falda estaba corta. Luego me quedé pensando, en lo que pensaban los papás de mi amiga... Siento que ellos, me tienen en un concepto de que soy muy tranquila y seria, que tal, si ellos piensan que con esa falda mmm y yo bailando, luego luego se me vino a la mente...Que no soy como ellos piensan...Que vestirme así, significa que quiero provocar a los hombres.”

Flora trataba de reprimir su sexualidad, no sólo porque se sentía objeto de deseo de su padre, sino también para seguir siendo de la categoría de las mujeres “decentes”. Flora intentaba desidentificarse de las mujeres de “la otra clase”, ella no quería provocar, porque cuando lo hacía, devenía una culpa y vergüenza por ser mujer. Vislumbremos

cómo esta bipartición de las mujeres presente en el psiquismo de Flora, incidía en la imagen devaluada y desfavorable que tenía de las mujeres.

“Veo que muchas chicas se ven mucho en el espejo, pensaría que van a la escuela nada más para llamar la atención, para que las miren, a veces siento que el hecho de que ellas se vean tanto, y se traten de arreglar más y más, obviamente eso está mal...Es superficial...No todas, pero sí, ¡las que se creen bonitas!... En cambio, una

chica cuando la veo muy sencilla y es simple, genial, tiene esa virtud.”

Lo que nos muestra aquí la subjetividad de Flora, es que otras mujeres si se miran bonitas; imagen a la que ella no puede acceder, debido a que cuando las mujeres ponen énfasis en la belleza del cuerpo y en la mirada del mismo, resultan ser desagradables, posiblemente indecentes e incestuosas. Pareciera que para ella, la virtud estaba asociada a que fueran “menos femeninas”, no porque opinemos que la feminidad se reduzca a la belleza del cuerpo, lo decimos considerando el discurso social-cultural generalizado, en cuanto a que la mujer suele ser definida por el atributo de su belleza. Dio Bleichmar [5], hace alusión a esto, dice que el cuerpo entero de la mujer es el sostén de la identidad femenina y el narcisismo del yo- género. Podemos aquí encontrar otra más de las razones por las que Flora rechazaba a la feminidad, se oponía a un narcisismo atrapado sólo en la belleza del cuerpo.

Ahora comentemos de otro aspecto de vital relevancia en la inhibición sexual de Flora, y que contribuye a reforzar nuestra hipótesis de una fallida resolución edípica. Dolto [4], nos advierte de la falta de resolución edípica en la mujer, cuando el niño imaginario del deseo edípico es transferido a la realidad carnal de un hermanito que nazca en ese momento, en donde los padres conceden a la hermana mayor la responsabilidad de su cuidado como si fuera una madre sustituta. Así le sucedió a Flora, sus padres le concedieron el deseo de un hermanito con el cual hacía el papel de una madre sustituta. Freud en 1924 [9], argumenta que el deseo de recibir como regalo un hijo del padre, es abandonado poco a poco porque este deseo no se cumple nunca. Podría pensarse que a la edad de 8 años, Flora ya habría abandonado dicho deseo, que es la edad que te-

niña cuando nació su hermanito; sin embargo de acuerdo a las observaciones de Dolto [4], esta resolución se hace hacia los 9 y 10 años de edad como edad más temprana, y que a menudo ocurre hasta la pubertad.

“Me contó mi mamá, que les escribía cartas a mis papás, para pedirles que me dieran un hermanito y que era muy convincente con lo que les escribía, pero se tardaron mucho en dármelo, ya cuando casi tenía 9 años... yo quería un hermano para jugar con él, quería un hermanito que fuera fuerte, las niñas no me lo parecían, pues ya lo había dicho, pienso que son débiles.”

Interpretamos que el deseo de Flora por un hermano y no una hermana, tiene que ver precisamente con la ecuación simbólica presente en el Edipo: pene=hijo o bien falo=hijo [9]. El deseo de recibir un hijo del padre para resarcirse de la falta de pene, debía ser un representante fálico, por eso no podía ser niña, para Flora las niñas eran débiles.

Flora expresaba la llegada de su hermano como si le hubieran dado un regalo. El hermanito era para ella, –al menos así suponemos que lo vivía en la fantasía–; la creencia mágica de la realización de su anhelo incestuoso. Lo que acaso puedo culpabilizarla inconscientemente, con todas las consecuencias de castración simbólica que derivan de ello. Flora se defendía de la castración inhibiendo su sexualidad femenina consciente y las iniciativas eróticas del hermanito, al tratar de evitar que se masturbara, para así no ponerse en peligro de ver cuestionada su propia represión. Para Dolto [4], ambos padres son cómplices de esta mutilación, pues en su afán de evitarle a su hija un periodo de latencia poco depresivo o agresivo, prefirieron colmarla con una pseudomaternidad.

La suposición de que Flora se sentía inconscientemente culpable de incesto, nos abre más el panorama para entender cómo la inhibición de su sexualidad femenina consciente tenía mucho que ver con una resolución edípica fallida. Esta culpa inconsciente se agrega a las interpretaciones planteadas previamente en el caso, y que terminan desembocando en los mismos síntomas, en todo caso, se refuerzan, por eso la intensi-

dad de la angustia, malestar y displacer que manifestaba Flora por ser mujer.

Asimismo, Dolto [4] nos aporta que ante la maternidad incestuosa fantaseada, deviene un segundo complejo de virilidad, por lo que también este complejo se ve reforzado por diversas vías. Otra consecuencia, es que se conserva la angustia de violación que genera un efecto inhibitorio hacia los varones. Lo cual explica también porque cada contacto demasiado cercano o que Flora le resultara atractiva a los hombres la afectaba demasiado; la angustia de violación se manifestaba para todos los penes a los que les concedía este valor; en otras palabras, surgía ante aquellos varones que se parecieran al padre. Además está el hecho de que la angustia de violación puede articularse con el saber inconsciente de la niña en torno a la escena primaria.

Notemos en la siguiente viñeta, cómo se articula la ansiedad por la mirada, la angustia de violación y la fantasía inconsciente de la escena primaria.

“Se me quedó viendo muy raro... ¡Me dio mucho miedo! en ese momento cuando nos quedamos viendo, ¡sentí que algo se hizo muy pequeño dentro de mí! traté de no tomarle importancia, pero se me quedó viendo mucho, creo que fue algo más, a mí me miró a los ojos y ¡sentí algo que oprimía dentro de mí! entonces pensé que me iba a pasar algo y fue cuando me volteé... no puedo gustarle a nadie.”

Seguimos viendo la angustia por la mirada penetrante y cómo cuando se encuentra con la mirada que mira, se podría pensar que hay un consentimiento, una invitación a la mirada y ante ello una posible consumación. Deviene entonces la angustia de violación; esa sensación fantaseada de que algo se reducía dentro de ella, que es la referencia infantil a su vagina pequeña que podría sufrir un daño ante una consumación. A su vez la angustia de violación aparecía adherida a la fantasía inconsciente de la escena primaria; algo dentro de ella oprimía (dominaba) y algo le iba a pasar (desaparecer); elementos que encontramos en su escena primaria. Recordemos que la madre era dominada y desaparecía de forma violenta, por ello, había que desbaratar la escena intolerable desviando la mirada, había que reprimir o negar el deseo.

Y hablando de reprimir o negar el deseo, la estimulación voluptuosa, el cuerpo excitado, proveniente de los deseos edípicos no resueltos, hacían que el encuentro de Flora con el hombre fuera percibido como peligroso, prohibido; su propio deseo suscitaba en

ella una gran desconfianza. Siguiendo los planteamientos de Dolto [4], se puede decir que Flora al seguir en el Edipo, manifestaba en su deseo sexual el reclamo de un pene centrípeto, o sea de una penetración, que en el drama edípico infantil, no es otra cosa que un deseo de “poder” con referencia al padre.

Entonces dentro de las vicisitudes de la castración de Flora, hallamos que su hermano le representaba un semblante fálico que conservaba la angustia de violación, y también un complejo de masculinidad. Es importante remarcar la importancia de este último en el caso clínico, pues está directamente relacionado con el rechazo propiamente dicho hacia la feminidad, es decir el deseo de Flora a ser como los hombres y no como las mujeres. Como dijimos tal complejo está reforzado por diversas vías; como corolario de la vigencia de deseos edípicos incestuosos; como fantasías de masculinización derivadas del rechazo a la identificación con su género, y como consecuencia del complejo de castración; esta última perspectiva nos muestra el origen más temprano de este complejo. Reparemos en la siguiente viñeta una posible evidencia de los orígenes de este complejo:

“Había una bolita de cabello y había un muñeco, yo estaba jugando, no sé, qué es lo que estaba tratando de hacer, pero me puse la bolita de cabello en medio de mi ingle, y el muñeco me lo amarré ahí...En eso subió mi papá...Ya no recuerdo bien esa parte, pero me dio mucha pena que mi papá me pudo haber visto.”

¿Qué intentaba hacer Flora? Parece evidente que deseaba colocarse un pene. Algo que caracteriza al complejo de masculinidad descrito por Freud [3], es precisamente la esperanza de recibir un pene para igualarse al varón. Es de hacer notar la vergüenza sentida por Flora a razón de que su padre pudiera darse cuenta de su acto; debido a que dicha vergüenza que inicia en su infancia se mantuvo hasta su adultez, ella se apenaba y angustiaba cuando los demás notaban su deseo de ser como los varones.

“Yo sé que tengo muchas cosas parecidas a los hombres y sé que me cuesta trabajo aceptar que me gustan las cosas de niño, pero sí...Realmente me agrada tener muchas cosas de niño...Pero me da pena.”

Dio Bleichmar [5], concibe que lamentablemente el deseo del falo en la mujer, la cultura

lo interpretará como un deseo de usurpación o apoderamiento de algo que no le pertenece. La mujer tendrá como efecto sentimientos de culpa que le provocan angustia y persecución. De éste modo, lo que comienza en el origen como la envidia del pene, que debiera ser pasajera como parte de las vicisitudes de su castración, se convierte en un fantasma de usurpación validado por la cultura, así en el marco de lo que le sucede a nuestra paciente, adviene también un malestar por la cultura que contribuía a su displacer por la feminidad y le dificultaba ser mujer. Flora ante su deseo de ser como los hombres, experimentaba consecuencias psíquicas relacionadas a la autopersecución, persecución, culpa, vergüenza y necesidad de reaseguramiento. La angustia de persecución, fue el motivo inicial de acudir a consulta. Si bien esa angustia que padecía estaba teñida por el fantasma de provocación femenina, paralelamente se superponía a su ansiedad de ser mujer, el fantasma de la usurpación masculina.

“Pienso que siempre están pensando algo de mí...Todos pensamos a veces que alguien está pensando algo de nosotros, pero es que a mí, no es a veces, es siempre, a veces pienso que me va a salir un tumor en la cabeza...Me duele mucho pensar que los demás suponen cosas de mí, ponerme tan mal...Pero esos pensamientos vienen de mí y me aterran. Por eso en la escuela me alejo de todos.”

Benjamín [10], interpreta la envidia del pene como una expresión del deseo de la niña por identificarse con el padre, como medio de separación con respecto a la madre y como medio de desidentificación con una madre desvalida, pasiva y carente de deseo.

Desde pequeña yo siempre quise ser como mi papá, él corría mucho, yo quería correr como él, y también quería dibujar bien como él...después ya no quería ser como él, me di cuenta que no me gustaba que me dijeran que me que me parezco a él, me enojaba ¡me daba mucha pena! pero sí, me lo dicen mucho.

Benjamín [10] en una línea parecida a la Bleichmar, manifiesta que la identificación con la agencia del deseo del padre parecerá fraudulenta y robada. Aún así, Flora prefería identificarse con el padre aunque éste revelara sus fallas, y la identificación resultara vergonzante y fraudulenta; porque el identificarse con su madre; una mujer dominada, violentada, vulnerable y carente de deseo, le resultaba intolerable.

Ahora abordaremos el vínculo con la madre, pieza fundamental en el malestar de Flora. Primeramente podemos concordar que fue esencialmente la madre la que le transmitió a Flora su desagrado por ser mujer. Aulagnier en 1977 [10], indica que en un inicio, la voz de la madre ofrece una sombra hablante proyectada sobre el cuerpo del infante. La madre de Flora le transmitió un material psíquico con enunciados de una feminidad devaluada y amenazante; esa madre en su propia experiencia lo había vivido, por tanto dirigió a su hija una sombra hablante con enunciados de una inferioridad femenina y de formas indiciales del formado de ser objeto de violencia, que dan cuenta de una desvaloración temprana al sexo de su hija.

Así también la relación con su madre trastocó otros aspectos de la valorización de su sexualidad femenina. Dolto [4] concluye que el papel de la madre es vital para la valoración del sexo de su hija. Ya que cuando la madre reprocha la conducta masturbatoria de su hija, se promueven acontecimientos traumatizantes en su catexis erótica o en su valoración fálica. La madre coaccionaba la conducta masturbatoria de Flora, ante ello, no escuchó sin reproche, ni otorgó significado a las sensaciones genitales que experimentaba de niña; lo cual pudo ser uno de los obstáculos para la valorización de su sexo.

“Yo salgo del baño de mi casa...Fue a esa edad empecé a notar que tenía flujo en mi parte, y eso era algo que a mí no me gustaba, me incomodaba demasiado no me gustaba, pero yo sabía que era algo que pasaba...Sí cuando me tocaba...Y sen-

tía que hacía algo malo...Sí, para mí que un niño haga eso, pues no está bien.”

Flora además de sentirse avergonzada por su onanismo, presentaba ansiedad por sus genitales que le generaban confusión y culpabilidad. Bernstein en [5], expresa como una ansiedad genital femenina, la excitación que experimentan las niñas cuando se mojan, si no entienden lo que les pasa, pues lo viven como una falta de control en su cuerpo. A Flora le hizo falta que su madre, le hiciera aclaraciones pertinentes que le otorgarán significado a estas sensaciones, y también que percibiera como algo natural la expresión de su sexualidad infantil.

Aunado a lo anterior, aparece la intrusión de la madre. Levinton [8], subraya la dificultad

de las madres para experimentar a sus hijas como diferentes a ellas, en tanto son del mismo género. La madre intentaba controlar la feminidad de su hija, vale decir, que en dicho intento, se colaba el deseo de que Flora proyectara una feminidad igual a la suya. Lo que hacía surgir entre ellas una relación marcada por la ambivalencia. Además como sabemos la relación madre-hija por lo común lleva el sello de la hostilidad. Freud en 1932 [12] escribe que el extrañamiento de la niña hacia la madre se produce bajo el signo de la hostilidad, esto es, que la ligazón-madre termina acabando en odio, mismo que puede durar toda la vida, o bien una parte de él se supera, pero otra permanece.

“Tuve un problema fuerte con mi mamá...Me dijo: ¡cómo te vas a poner esa blusa, quítatela y te pones otra! yo le dije: ¿Por qué? ¡porque no me gusta cómo se te ve!”

Retomando a Levinton [8], esta ambivalencia se veía reforzada por la imagen devaluada de la madre y contribuía a reforzar el rechazo por la feminidad de la misma.

A la percepción de una feminidad materna devaluada y amenazante, se le superponía la percepción de una feminidad provocadora. Flora manifestaba malestar y displacer cuando el arreglo de su madre incitaba la mirada masculina; es como si al concebirla como un objeto de deseo para los hombres, se despertaba su propia ansiedad y rechazo por la sexualización de su cuerpo. Los piropos a la madre le evocaban el voyerismo varón hacia las mujeres que tanto le angustiaba.

“Le reclame lo que dijo de mi prima, de que ella parecía más su hija, porque ella sí se arreglaba...Me critica todo el tiempo mi forma de vestir...Pero ella exagera en su arreglo...Al principio no me molestaba, pero ahora sí, siento feo que su arreglo llame la atención y los hombres le falten al respecto, pues le chiflan.”

Dolto [4], señala que en los casos en los que las madres suelen estimular constantemente el adorno de sus hijas y la seducción hacia los varones, cortocircuitan la evolución libre de su sexualidad, sobre todo si la joven percibe como peligroso el contacto con un muchacho. Algo parecido le sucedía a Flora, la obstinación de su madre para

que ella se arreglara más, así como su insistencia en que tuviera novio; en lugar de despertar su feminidad, promovía su miedo a los hombres, su rechazo a la feminidad, su negativa a identificarse con ella y a no sentirse bien siendo mujer. Coincidiendo con Dolto [4], otro factor importante que coadyuvó a dificultar la identificación con la madre, es el hecho de que esta no se encontraba valorizada por el padre. No olvidemos que el aspecto más relevante por el que Flora no quería identificarse con su madre, es porque temía que al ser como ella, el padre o los demás varones la trataran como había visto que se le trataba a la madre.

“Cuando veo que un chico está agrediendo a una chica, obviamente luego luego me vienen a la mente mis papás y a veces hasta yo siento coraje con la propia chica, porque no hace nada...Siento coraje que suceda esto, me parece difícil ver que alguien no te está tratando bien, y ¿por qué sigues estando ahí?”

Cabe hacer la aclaración de que el problema no residía en que ella no quisiera ser objeto de agresión de un hombre, en todo caso, eso es algo que debería ser deseable para cualquier mujer, sino que en su intento de desidentificarse de su madre, terminó por rechazar a la feminidad, a la identificación con todas las mujeres.

Finalmente hablaremos de la rivalidad edípica inconsciente con la madre; retengamos que Flora no había resuelto los deseos edípicos incestuosos, de tal forma que esta rivalidad latente, robustecía su malestar y displacer que subyacía de percibir a su madre como objeto de deseo de los varones.

“Cuando veía a una niña bonita en las revistas, sentía coraje, rencor, les dibujaba dientes o lentes o granitos...Como que me fui controlando cuando iba en la prepa, no podía pensar algo malo, porque pensaba que Dios me iba a castigar...A veces lo sigo pensando, pero antes más...Él iba a hacer que me pasara algo malo.”

El rencor y coraje a las mujeres bonitas de las revistas, escondía la hostilidad edípica inconsciente hacia la madre. Tal deseo inconsciente de atacar a la madre y acabar con su belleza, resultaba ser inconciliable para los mandatos del superyó, vale decir, el temor y la amenaza de una sanción (Dios la iba a castigar). Está la necesidad de pagar con culpa y castigo la trasgresión al superyó, pareciera ser otro elemento que moviliza-

ba, alimentaba y reforzaba la angustia de persecución que tanto padecía Flora.

CONCLUSIONES

El presente estudio de caso, pudo mostrarnos aspectos del malestar y displacer en la feminidad. Advertimos cómo la influencia del discurso cultural que devalúa y mitifica a la mujer, al igual que complicaciones en el desarrollo libidinal y personal que acontecieron en el marco de la relación con los padres, condicionaron en Flora a rechazar su feminidad. A proyectar que las mujeres son incestuosas, provocadoras, inferiores, débiles, vulnerables y menos apreciables que los varones; a tener una imagen devaluada y amenazante de su sexo; y que los hombres le motivaran miedo, desconfianza y envidia. Flora en su intento de no encontrarse en una imagen narcisista dañada, no deseaba ser como las mujeres.

Podemos concluir que a Flora se le dificultaba ser mujer. Por un lado, su madre le transmitió su desagrado por la feminidad, por otro; la evidencia empírica acumulada de violencia a la mujer que observó del vínculo entre sus padres, dio lugar a una inhibición de su sexualidad y a no querer identificarse con su género, como medio de defensa para no caer en una identidad que resultaba ser peligrosa e inconsistente. Ella prefería ser como los varones, pero tal deseo y su propio comportamiento masculino, le producían culpa y vergüenza, como si se tratara de una usurpación. A su vez, Flora no se sentía segura o suficientemente protegida del incesto en la relación de afecto con su padre, lo que comprometió la resolución de su Edipo y provocó que los hombres le suscitaran una amenaza y le fueran prohibidos. De este modo, los miedos nucleares de Flora; fueron el miedo la intrusión, la angustia de violación, y la angustia de persecución. Ya que aparecía el control y la intrusión de la madre; la seducción y dominio del padre, y la sanción del superyó ante un Edipo no resuelto y ante el deseo de “usurpación” de querer ser como los varones.

Pues bien, así como el caso de Flora, también en la práctica clínica aparecen mujeres con algún tipo de problemática femenina, por lo que éste escrito tiene la intención de aportar a la clínica psicoanalítica, mayor comprensión del sufrimiento y síntomas que acontecen en el cuadro de la subjetivación femenina. Asimismo marcar una pauta en lo social y familiar para el devenir de una feminidad más satisfactoria.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] LEÓN, M. (2021). Malestar y displacer en la feminidad. Un estudio de caso. Tesis de Doctorado. México D.F. Colegio Internacional de Educación Superior.
- [2] FREUD, S. (1937). Análisis terminable e interminable. O.C. Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [3] FREUD, S. (1925). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [4] DOLTO, F. (1996). Sexualidad femenina. La libido genital y su destino femenino. México: Paidós, 2001.
- [5] DIO BLEICHMAR, E. (1997). La sexualidad femenina de la niña a la mujer. Barcelona: Paidós, 2011.
- [6] MC DOUGALL, J. (1998). "Las mil y una caras de eros" La sexualidad humana en búsqueda de soluciones. Buenos Aires: Paidós, 1998.
- [7] FREUD, S. (1931). Sobre la sexualidad femenina. O.C. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [8] LEVINTON, N. (2000). El superyó Femenino, La moral en la mujeres. Madrid: Biblioteca nueva, 2000
- [9] FREUD, S. (1924). Sepultamiento del Complejo de Edipo. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [10] BENJAMÍN, J. (1996). Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación. Buenos Aires: Paidós, 1996.
- [11] AULAGNIER, P. (1977). La violencia de la Interpretación. Del Pictograma al Enun-

ciado. Buenos Aires: Amorrortu, 2010.

[12] FREUD, S. (1932). 33a conferencia. La feminidad. O.C. Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.